

Y AQUEL VERBO ... HABITÓ ENTRE NOSOTROS (JUAN 1:1-18)

El Antiguo Testamento inicia su narración con las palabras “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Luego narra de cómo fue hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios para señorear sobre la creación misma de Dios, de cómo el hombre cayó en desobediencia y pecado y en consecuencia se separó de Dios, de cómo Dios escogió a la familia de Abraham para ser el instrumento por medio del cual se revelaría y prepararía una gran salvación para todas las familias de los hombres.

Juan, el pescador galileo, era uno de los descendientes de Abraham. Él había aprendido del Antiguo Testamento acerca de Dios y de sus promesas a Israel. Cuando Juan el Bautista llegó profetizando en el valle del río Jordán y bautizando a la gente para que estuvieran prestos al prometido reino de Dios, el pescador de nombre Juan y su hermano Jacobo dejaron su oficio de pescadores por un rato y se fueron a escuchar al profeta. Fue allí donde encontraron a Jesús. Escucharon al profeta dirigirse a Él como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Ese día ellos empezaron a seguir a Jesús y vivieron con Él por más de tres años y fueron parte del círculo de sus amigos más cercanos. Experimentaron sus señales milagrosas. Escucharon sus enseñanzas que revelaron quién era Él –el Hijo de Dios que existía desde mucho antes que Abraham (Juan 8:58), quien tuvo gloria con Dios antes que el mundo fuese o existiese (Juan 17:5), quien vino al mundo para que el hombre tuviera vida y vida en abundancia (Juan 10:10), la luz del mundo (Juan 8:12), la resurrección y la vida (Juan 11:25), el único camino a la vida eterna (Juan 6:53; 14:6). ¡Qué persona tan grata a quien conocer y servir! También experimentaron el rechazo de la gente hacia Jesús y cómo lo crucificaron, pero también lo vieron repetidas veces después de resucitado triunfante sobre la muerte.

Por todo lo anterior su fe y entendimiento se desarrollaron. Pero el entendimiento humano, a pesar de las pruebas rotundas, no es suficiente. Ellos, junto con todos los apóstoles, recibieron el poder del Espíritu Santo de Dios para recordarles todo lo que Jesús les enseñó y para guiarlos a toda verdad. Es por ello que Juan tuvo el conocimiento claro, transparente y seguro, aún de cosas fuera de la experiencia humana, que pudo afirmar para nosotros que Jesús “En el principio era el Verbo ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)” (Juan 1:1,14).

Los primeros 18 versículos del primer capítulo del Evangelio según San Juan son la introducción de la narración de los acontecimientos en la vida terrenal y el ministerio de Jesús. Este prólogo o introducción presenta el tema del libro y atrapa la mente del lector a que considere la importancia y solemnidad excepcional del contenido del libro.

Todo cristiano debe memorizarse y meditar en esta preciosa gema de revelación divina. Es simple en su presentación, pero profunda en su significado. Con gran facilidad podemos entender su presentación general, pero pasamos por alto su fuerza y significado de sus verdades rotundas. En una expresión muy simple afirma:

1. La existencia eterna de Jesucristo: “En el principio era el Verbo” (v. 1)
2. Su deidad: “El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (v.1-2)
3. Su relación con el mundo al ser su Creador: “Todas las cosas por Él fueron hechas” (v.3)
4. Su relación con las necesidades del hombre: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (v. 4)
5. Su testimonio, Juan el Bautista: “un hombre enviado por Dios ... para dar testimonio de la luz” (v. 6-8, 15)
6. La humanidad lo rechazó trágicamente: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (v. 11)
7. Su redención y regeneración de aquellos que sí creyeron en Él: “...les dio potestad de ser hechos hijos de Dios ... engendrados ... de Dios” (v. 12-13)
8. Su encarnación y estancia con la humanidad: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (v. 14)
9. Su revelación de la gloria, gracia y verdad de Dios, junto con su revelación de sí mismo (v. 14, 16-18)

Estas son verdades supremas y muy significativas del cristianismo. Otras religiones, por más que se esfuerzan, únicamente son capaces de mostrar la búsqueda que el hombre hace de Dios. ¡El cristianismo es el resultado de la búsqueda que Dios hace del hombre! Las religiones muestran la necesidad que el hombre

INTRODUCCIÓN ESPECIAL AL ESTUDIO POR SETH WILSON

tiene de Dios. El cristianismo ofrece la ayuda de Dios al hombre. Si la religión fuera, como algunos la conciben, una mera recolección de la mejor sabiduría humana para ordenar nuestras vidas personales y para las buenas relaciones sociales, muy probablemente sería, aún entonces, de algún valor para nuestras vidas terrenales. Pero el cristianismo es mucho mejor que eso. El cristianismo no es la experiencia de nuestros padres que se preservó para nosotros, es la sabiduría y el poder de Dios quien está en todo momento con nosotros: ¡Dios con nosotros y en nosotros para perfeccionarlos y preservarnos aquí y en la vida futura, ahora y por siempre! Nuestra religión no es una filosofía que se puede experimentar con ella para confirmarla o para desaprobala, para refinar o revisar; sino que es un asunto de hechos fielmente testificados, cosas que no se pueden cambiar jamás, verdades divinas reveladas sin error alguno.

Esta Escritura nos presenta y registra las cosas supremas que llegaron a este mundo: la vida, la luz, la gloria, la gracia y la verdad. Todo esto en la persona de Jesucristo. De manera breve y clara se nos dice a) Quien vino, b) por qué vino, c) cómo fue recibido y, d) qué logró.

El Verbo y Dios

Juan escribe de la naturaleza y vida de Jesucristo. Al señalar quién era el que vino, Juan utiliza o le da un título únicamente usado en los escritos de Juan: “el Verbo”. En el principio era el Verbo. El Verbo era con Dios. El Verbo era Dios; es decir, el Verbo era divino y de la naturaleza misma de Dios. El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria. Por favor lea 1 Juan 1:1 y Apocalipsis 19:13.

La palabra griega utilizada en estas expresiones es *logos*, que tiene un significado mucho más amplio que el de una simple palabra o verbo como unidad del discurso. Con frecuencia quiere decir toda una frase, dicho o declaración extensa: la facultad del habla, una instrucción, un asunto bajo discusión, una razón, un razonamiento o el poder de raciocinio. El griego tiene otro término que define una palabra o algo de lo que se habla, un concepto o una unidad del lenguaje. Este término es *rhema*, que es la palabra que se utilizó en Hebreos 11:3 y como otras 66 veces en el Nuevo Testamento.

Las palabras de un hombre expresan mucho de cómo es su carácter. Cristo es la expresión máxima de Dios. Él fue mucho más que simples acciones de Dios; Él fue y es una persona, pero en su personalidad y vida es la expresión perfecta de lo que Dios es y hace. Así lo señala Juan en Juan 1:18: “Él le ha dado a conocer”. Es decir, Él expresó plenamente a los sentidos humanos la naturaleza y la voluntad de Dios, a quien nadie ha visto jamás o lo ha conocido adecuadamente. Jesús fue tal manifestación tan adecuada de Dios que pudo afirmar: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9) y, “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Merecidamente ostenta el título “el Verbo”.

Dios es una persona. Es decir, es un Ser o Espíritu Viviente, teniendo poder de palabra y de elección y es capaz de relacionarse con la gente ya que siente amor u obligación, gusto o rechazo, bondad o juicio y sentimientos similares. Las Escrituras enseñan que en Cristo habitaba corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Colosenses 2:9). Solamente en Cristo se encuentra aquella perfecta manifestación de Dios en carne (1 Timoteo 3:16).

Juan expresa claramente la existencia personal y eterna del Verbo. Desde el principio estaba con Dios y era Dios. Además, por medio de Él fueron hechas todas las cosas. Nuestro entendimiento de esta gran verdad se refuerza por otras declaraciones de la revelación divina, ya que nuestro razonamiento y experiencia humanos son limitados. Génesis señala que Dios creó el mundo; pero se refiere a Dios en plural. Cita a Dios diciendo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Génesis 1:26). Juan declara en el versículo 3 que sin Él (el Verbo) nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. La preexistencia de Cristo y su equivalencia con Dios la encontramos en Filipenses 2:5-8. Por favor también lea Juan 8:58; Juan 17:5, 24; Apocalipsis 1:8. No fue un ser creado, sino que es eterno y sin origen, al igual que Dios mismo. Su obra creadora se confirma en Colosenses 1:16-17 y Hebreos 1:1-4. Su deidad y gloria con Dios antes de venir a la tierra las encontramos explícita o implícitamente en Juan 17:5, 24; 6:62; Isaías 9:6 y, Miqueas 5:2. Las siguientes obras del poder divino y de un alcance divino se le atribuyen a Él:

1. La creación de todas las cosas.
2. La obra de sustentar y mantener todo el universo.
3. La resurrección de los muertos.
4. Su juicio eterno de todos los hombres.
5. El perdón de los pecados.
6. La regeneración o la renovación de todos aquellos que estaban muertos en el pecado.
7. Otorga el regalo de la vida eterna.
8. La transformación de los cuerpos de los redimidos.

INTRODUCCIÓN ESPECIAL AL ESTUDIO POR SETH WILSON

La deidad de Cristo no es un asunto de una teología abstracta, fría o del pasado, carente de importancia para todos nosotros. En cambio, es una verdad de grandes proporciones e importancia, ya que es un asunto de conocer en quien hemos creído y estamos persuadidos completamente que hará todo lo que ha prometido.

La vida y la luz

“En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:4). Toda vida se originó en Él y Él es el poder que sustenta el universo. Al tiempo que Juan procede con su narración, claramente se nota que está pensando en la vida eterna y espiritual ofrecida por Cristo al hombre y únicamente en Cristo. La vida se manifiesta en muchas maneras, pero al hombre es luz tanto moral como intelectual, razón y conciencia. Toda la luz del hombre provino de Cristo, el Creador, aún antes de venir al mundo en la persona de Jesús.

A través de las edades, la luz de la verdad moral y la revelación de Dios de sí mismo ha estado brillando en la oscuridad del pecado y tonterías humanas. Antes de que Jesús viniera a la tierra, una porción de luz divina le había sido dada al hombre en cuanto a su naturaleza moral, en el conocimiento original de Dios, en la revelación progresiva del Antiguo Testamento. Cuando se manifestó la luz, las tinieblas no la entendieron, pero tampoco se sobrepusieron prevaleciendo contra ella (Juan 1:5). El verbo griego se entiende igual en cualquiera de las dos traducciones. Los dos significados expresan la verdad y cualquiera puede encajar en el contexto. Los hombres viviendo en las tinieblas del pecado no recibieron ni se apropiaron la luz como debieron haberlo hecho; ni tampoco, por el otro lado, las tinieblas prevalecieron contra la luz.

Toda luz verdadera que recibe alguien proviene de Cristo. A través de su vida y del evangelio Cristo provee luz para todos los hombres, aunque algunos no la reciban y, muchos aman las tinieblas en vez de amar la luz (Juan 3:19; 12:35-36, 46). Cristo fue la luz verdadera que llegó a este mundo. Él es la luz que “ilumina a cada hombre”. Cuando Jesús vino en la carne, el mundo no supo que Él era el Creador y Señor de todo. Solamente algunos le conocieron, pero la mayoría no lo hizo. El idioma original nos ayuda a entender el versículo once. Juan afirma: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”. El artículo neutro “lo” indica cosas, pero “los suyos” se refiere a gente. Los judíos, que habían sido escogidos y preparados por Dios para servirle, eran su pueblo o gente. Esta frase tan simple contiene algo patético.

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). No todos rechazaron al Señor; pocos creían y apreciaban las cosas. Aunque muchos judíos lo rechazaron, muchos gentiles lo han aceptado. La palabra original significa “autoridad” en vez de “poder” o “potestad”. Dios no habilita a los creyentes o les da fuerza para que por sus propios esfuerzos lleguen a ser sus hijos; sino que, los autoriza o les da el derecho de llegar a Cristo mediante su gracia.

Algunos han usado Juan 1:13 para referirse al nacimiento virginal de Jesús. Jesús nació de María virgen pero este versículo no afirma lo antes señalado. En cambio, Juan está afirmando que los creyentes llegan a ser hijos de Dios, no por descendencia natural o por nacimiento ordinario ni tampoco por sus propios esfuerzos o méritos, sino porque nacen de nuevo en Dios. Este es un nacimiento del agua y del Espíritu (Juan 3:5; Tito 3:5; Romanos 6:4-11). Esto se logra creyendo y obedeciendo a Cristo. Así nos apropiamos de su vida y de su luz.

Único e incomparable

Dios vino a nosotros en carne humana y vivió entre los hombres por un poco de tiempo, mostrando con su vida y sus obras la bondad y la verdad de Dios. En Él los hombres vieron la gloria de Dios, única e incomparable. Juan claramente identifica al Verbo eterno en su jornada terrenal como Jesucristo. En muchas versiones, leemos en Juan 1:14 del “unigénito del Padre”. La palabra traducida como “unigénito” es *monogenes*. No necesariamente significa “engendrar”, sino que puede significar “el único de su clase”. Así se utiliza el término en Hebreos 11:17 para describir a Isaac, quien literalmente no era el único hijo de Abraham. Ismael fue el hijo primogénito de Abraham y, después de Isaac, Abraham engendró a seis más. Pero, fue Isaac el hijo de Abraham único en su clase y de nacimiento milagroso y elección divina.

Aplicado a Jesús, la palabra *monogenes* parece que no enfatiza el hecho de que Él fuera “unigénito” entre otros que fueron adoptivos, aunque eso sea verdad. Sino que tal palabra se refiere a su relación personal con el Padre en la eternidad, *antes de ser engendrado en la carne* al igual que después. Nadie más

INTRODUCCIÓN ESPECIAL AL ESTUDIO POR SETH WILSON

tenía tal relación; Él era el único. No solamente estaba con Dios; sino que *era* Dios. Por ello Juan 1:18 nos señala que nadie ha visto a Dios cara a cara, sino que uno con la naturaleza de Dios ha venido del corazón de Dios a nosotros. En algunos de los manuscritos griegos más antiguos y mejores encontramos en Juan 1:18 Dios *monogenes* en vez de Hijo *monogenes*. Esto presenta solamente la diferencia de una letra en la forma de copiar los manuscritos. Esto no expresaría al Hijo sino a la deidad de aquel que ha venido en la carne para dar a conocer al Padre invisible (Colosenses 1:15; 2:9).

Jesús no es importante únicamente porque sus enseñanzas son superiores y efectivas, sino porque sus enseñanzas son supremamente importantes porque Él es *Dios con nosotros*. ¡Manifestando así la verdad eterna de Dios! Debido a que Él es Dios con nosotros, su muerte es más que un ejemplo de su humildad al sacrificarse a sí mismo; en vez de lo cual es el cumplimiento de un plan divino de redención con poder para salvar a los perdidos y para purgar al pecador.

Necesitamos también darnos cuenta que el Dios revelado por Jesús es el único Dios que existe. No hay otro Dios sino el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y nosotros no debemos tener otros dioses fuera de Él. Si nosotros nos hacemos de una filosofía acerca de Dios que lo hagan diferente del carácter, propósitos y enseñanzas de Jesús, hacemos un ídolo como si talláramos uno de madera.

También resulta cierto que si respetamos a Dios o le servimos, debemos hacerlo a través de Cristo y de acuerdo a la voluntad de Dios como está revelado en Cristo. No podemos conocer a Dios o servirle mientras rechazamos o descartamos a Jesucristo. Tenga cuidado de todas aquellas ocasiones en que los hombres afirman honrar a Dios o de que enseñan su voluntad mientras que ignoran a Jesús e incluyen en sus ceremonias a aquellos hombres que niegan a Jesús. “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Juan 5:23).

Cristo con y en nosotros

¡Trate de imaginar el significado que tendría si el apóstol Pablo nos predicara por tres meses! ¿Qué sucedería si él nos visitara para corregir nuestros conceptos de enseñanza cristiana, para dirigir nuestros esfuerzos de la obra cristiana y para demostrarnos qué es la verdadera fe y el fervor santo? ¡Pero más hermoso que lo anterior fue el hecho de que el mismo Hijo de Dios vino y vivió entre nosotros por treinta y tres años como demostración perfecta del amor, sabiduría, propósitos y santidad de Dios! Él nos mostró, por toda una vida, el camino de la justicia, la gloria del servicio, el poder del amor, la vida de oración y la victoria de la confianza plena en Dios.

Su vida terrenal fue perfecta en la santidad, siendo plenamente humano también. Por causa nuestra se convirtió en uno más de nosotros, llegó a ser tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Al sufrir la tentación, se capacitó para ayudar a aquellos que son tentados. Él vivió una vida humana real y en todas sus formas, como bebé indefenso, como infante, como joven trabajador, como hombre de dolores, sirviendo y salvando a la humanidad. Su humanidad no se debe negar como tampoco su deidad (por favor lea 1 Juan 4:2; 2 Juan 7). Él llegó a ser como uno de nosotros para poder representarnos como nuestro sacerdote ante Dios. Hasta sufrió nuestra muerte, para que a través de ello nos librara de nuestra sentencia de la segunda muerte y del temor de la primera.

Su venida para morar entre nosotros cobra significado especial cuando le permitimos morar en nosotros. El Verbo de Dios no tan sólo moró *entre los hombres* hace 19 siglos, sino que *morará en nuestros corazones* a través de la fe hoy mismo. Este es el propósito real de la encarnación y de la enseñanza del evangelio: llevar a Cristo a las vidas de los hombres, para ser su justicia, vida y su esperanza de gloria eterna (por favor lea Colosenses 1:27; Gálatas 4:19). Cuando realmente lo aceptamos como Señor y, su muerte como la muerte que merecíamos por nuestros pecados, nos bautizamos en su muerte; lo cual nos cuenta como estar “crucificados con Cristo”. Por ello, la vida de fe en Él no es nuestra vida, sino Cristo viviendo en nosotros (compare Gálatas 2:20 con Romanos 6:1-11). Este es el propósito divino y la gloria permanente del Verbo hecho carne y habitando entre nosotros.